

XXIX

« Mis compromisos con la Puerta, » dijo Napoleon á Alejandro, « acaban de cesar milagrosamente. Mi aliado y amigo, el sultan Selim, ha sido precipitado del trono en un encierro. Habia creído que se podía hacer algo con los turcos, darles alguna energía, enseñarles á servirse de su natural valor : es una ilusion. Es preciso acabar de una vez con un imperio que no puede subsistir mas tiempo, y evitar que sus despojos vayan á aumentar el poder de Inglaterra. »

Despues de haber indicado á Alejandro la Finlandia, como recompensa de la guerra contra Inglaterra, Napoleon le dejó entrever cosas mas brillantes por la parte de Oriente. « Debeis, » dijo Alejandro, « servirme de mediador con Inglaterra, y de mediador armado que impone la paz. Otro tanto haré yo con vos respecto á la Puerta, participándole mi mediacion; y si se negase á tratar con las condiciones que deseais, lo cual no sucederá en el estado de anarquía en que ha caído, me uniré á vos contra los

« turcos, del mismo modo que vos os unireis en caso necesario á mí contra los ingleses, y así haremos buenas particiones del imperio otomano. »

El campo de las hipótesis era tan inmenso que la imaginacion de ambos soberanos perdióse en infinitas combinaciones. El principal deseo de la Rusia era conseguir al instante, cualquiera que fuese el resultado de su negociacion con la Puerta, una parte mayor ó menor de la provincia del Danubio, á la cual adhería Napoleon en cambio del concurso que debia prestarle Rusia en los negocios de Occidente. Sin embargo, siendo probable que los turcos no cederian nada, la guerra era consiguiente, y despues de la guerra las particiones, pero ¿ qué particiones ? La Rusia podía quedarse, además de la Besarabia, con la Moldavia, la Valaquia y la Bulgaria hasta los Balcanes. Napoleon deseaba naturalmente las provincias marítimas, como la Albania, la Tesalia, la Morea y Candia.

Respecto á Austria, la Bosnia y la Servia la contentarian ya sea cediéndoselas en toda propiedad, ya haciendo de ellas la dotacion de un archiduque; así querian consolarla de los trastornos del mundo, en los cuales al paso que siempre perdía algo, sus rivales ganaban mucho.

Figurémonos al jóven czar, humillado la víspera

y viniendo á pedir la paz al campo de Napoleon, sin temor indudablemente por sus propios estados, porque la distancia le salvaba de los deseos del vencedor; pero temiendo perder una parte notable del territorio de su aliado el rey de Prusia, y retirarse sin consideracion de esta guerra; figurémos al czar trasportado súbitamente á una especie de mundo á la vez imaginario y real, imaginario por la inmensidad, real por la posibilidad, viéndose al dia siguiente de una gran derrota, con esperanzas de conquistar la Finlandia y una parte del imperio turco, y de recojer de una guerra desgraciada mas de lo que ántes se sacaba de una guerra feliz, como si el honor de haber sido vencido por Napoleon equivaliese casi casi á una victoria, y debiese producir sus frutos; figurémos aquel jóven monarca ávido de gloria, buscándola por todas partes durante siete años, ya en la civilización precóz de su imperio, ya en la creacion de un nuevo equilibrio europeo, y no encontrando mas que inmortales desastres, en fin hallando repentinamente la gloria tan apetecida en un sistema de alianza con su vencedor, alianza que debia ofrecer la dominacion del mundo al lado del gran hombre, que se dignaba dividirla con él, y valer á la Rusia las bellas conquistas prometidas por Catalina á sus sucesores, relegadas luego en el reino de las quimeras, fi-

gurémosnoslo, decimos, pasando tan prontamente del mayor abatimiento á las mas altas esperanzas, y se comprenderá fácilmente su ágitacion, su entusiasmo, su repentina amistad hácia Napoleon, amistad que se reveló en seguida por un afecto vehemente, y seguramente sincero, al ménos en aquellos primeros instantes.

« Alejandro que como ya hemos dicho era afable, humano, despejado, pero tan inconstante como su padre, lanzóse bruscamente en la nueva via que acababa de abrirle su hábil seductor. No se separaba una sola vez de Napoleon sin espresar una admiracion sin límites: « ¡Qué grande hombre! » decia continuamente á los que le rodeaban: « ¡qué genio! « ¡qué extension de proyectos! ¡qué gran capitán! « ¡qué hombre de Estado! ¿Porqué no le conocí « ántes? ¡Cuantas faltas me hubiera evitado! ¡Cuantas grandes cosas hubiéramos hecho juntos! » Sus ministros, que se le habian unido, y los generales que le rodeaban, conocian la seduccion que le dominaba y no la deploraban, pues deseaban verle salir de un atolladero con ventajas y honor al ménos si habian de juzgar por la satisfaccion que manifestaba....

« La particion posible, probable, del imperio turco era el objeto continuo de las conversaciones. Habíase

discutido, como acaba de verse, un primer proyecto, mas parecia incompleto. Rusia* tenia las orillas del Danubio hasta los Balkanes; Napoleon las provincias marítimas, como la Albania y la Morea. Las provincias interiores, como la Bosnia, la Servia, eran para Austria. La Puerta conservaba la Rume-
lia, es decir el Sur de los Balkanes, Constantinopla, el Asia Menor, Egipto. Así, segun este proyecto, la llave de los mares, y, en la imaginacion de los hombres, la verdadera capital de Oriente, Constantino-
pla, tantas veces prometida á los descendientes de Pedro el Grande por la opinion universal, opinion formada por las esperanzas de los rusos y los temores de Europa, Constantinopla, quedaba, con Santa Sofia, para los bárbaros del Asia.

Alejandro tocó varias veces tan importante cuestion, y hubiera preferido una particion mas completa que abandonando á Napoleon, además de la Morea, las islas del Archipiélago, Candia, la Siria, Egipto, regalase Constantinopla á los Rusos. Napoleon, que creia haber hecho sino demasiado, por lo ménos bastante, para grangearse la amistad del jóven emperador, no quiso nunca llegar tan léjos. Ceder Constantinopla, no importa á quien, aun euando fuera á un enemigo declarado de Inglaterra, dejar hacer en vida suya á otro, la conquista mas deslumbradora

que podia imaginarse, no debia convenir á Napoleon. Obedeciendo á la tendencia natural de las cosas y para resolver dificultades europeas, en fin, para contar con un poderoso aliado contra Inglaterra, podia permitir al torrente de la ambicion rusa que fuera hasta los piés de los Balkanes, sobre todo deseando apartar dicho torrente del Vistula, mas no queria dejarle pasar aquellas montañas tutelares. No queria que la obra mas brillante de los tiempos modernos fuera consumada por otro, en su propia presencia, al lado suyo. Ambicionaba demasiado la grandeza de la Francia, demasiado ocupar solo la imaginacion del género humano, para consentir tal golpe á su propia gloria.

« No obstante pues, los deseos de seducir á su nuevo amigo, nunca se prestó á otra particion que á separar de la Puerta las provincias del Danubio, mal sujetas al imperio, y la Grecia, demasiado ilustrada ya para sufrir mas tiempo el yugo de los turcos.

« Un día ambos emperadores, despues de un largo paseo, se encerraron en el despacho, donde habia muchos mapas abiertos. Napoleon, que al parecer continuaba una conversacion muy viva con Alejandro, pidió á M. Menneval un mapa de Turquía, desplególa y poniendo el dedo encima de Constantinopla, exclamó muchas veces, sin importarle que le

oyese su secretario, en el cual tenia sin embargo absoluta confianza : « ¡ Constantinopla, Constantinopla ! ¡ jamás ! ¡ es el imperio del mundo ! »

XXX

Estas palabras, citadas como una explosion de sabiduría en la boca de Napoleon por el historiador, no significaban en realidad mas que el remordimiento contradictorio de un hombre que á la vez concede y niega; porque despues de la cesion de las provincias danubianas, del periplo del mar Negro y del Asia á los rusos; despues de la cesion de la Servia y de la Bosnia al Austria y despues de la invasion de la Grecia, del litoral del Adriático y del Egipto por el imperio francés, ¿ qué era Constantinopla ? Un vano nombre de capital, dejada á un imperio destruido, una Roma del islamismo sin papa.

Nunca causará bastante sorpresa que el historiador que tales líneas ha escrito, y que despues ha sido hombre de Estado, haya querido ejercer contra el sultan Mahmoud la misma expoliacion que Napoleon ofrecia á Alejandro que ejerciese contra Mus-

tafá IV, y que haya armado á Francia y comprometido nuestras flotas para dar á un bajá precario en Siria, en Arabia, en el Nilo, una parte de la herencia de Othman.

Volvamos á Constantinopla.

XXXI

La política de Napoleon en Tilsitt, que al momento conocieron en Constantinopla y Lóndres, volvió á echar á la Turquía en los brazos de Inglaterra y á preparar al gran-señor para las proposiciones de reconciliacion y alianza que el gabinete de Lóndres habia encargado á lord Paget que fuese á hacer á Constantinopla. Naturalmente este diplomático desconfió de Cabatchi-Oghli, cuyas relaciones con Sebastiani sabia, y anudó sus proyectos en el interior mismo del serrallo con un jóven favorito del sultan, emir akhor ó gran palafrenero de Mustafá IV.

El emir akhor convenció no solo á su amo sino al divan, y ya estaba preparado para la firma el tratado con Inglaterra bajo el mas profundo misterio, cuando uno de los griegos, intérprete de la Puerta,

cuyo conocimiento de las lenguas europeas inicia á todas las negociaciones, el príncipe Alejandro Soutzo, le reveló al general Sebastiani.

« Príncipe, » díjole este, « habeis hecho bien en confiaros á la Francia, y pronto os elevará la gratitud del emperador. »

Sebastiani corrió á la Puerta, protestó, indignóse, intimidó al emir akhor, y obtuvo de su terror la ruptura de la negociacion y el apartamiento de lord Paget. Todo se aplazó con Inglaterra, nada se rompió.

XXXII

El emir akhor y el sultan descubrieron al momento al traidor que habia entregado los documentos y traducidolos á Sebastiani, y al dia siguiente de haber creído que no perderia su crédito con la Puerta, al paso que conquistaria los favores de la Francia para el porvenir, y cuando sentado el príncipe Soutzo en el palacio del gran visir. en el fondo de la pieza oscura donde los drogmanes del Estado esperan las órdenes de su amo, gozaba de su triunfo

y creíase seguro de la impunidad, una orden del caimakan vino á interrumpir sus planes de ambicion. Corrió á verle, creyendo que se trataba de traducir algun documento diplomático. El reis-effendi, ó ministro de negocios extrangeros hizole una señal para que le siguiese y condújole silenciosamente á presencia del caimakan, el cual sin hablarle, designó á los verdugos, siempre presentes, que se apoderaron de su persona. En vano preguntó cual era su crimen; no se dignaron contestarle. Los verdugos le martirizaron á latigazos y arrastraron pálido y exánime á la plaza de los suplicios del Estado, delante de la puerta grande del serrallo. Cortándole allí la cabeza y colocándola como señal de infamia entre sus piernas, quedó espuesto su cadáver para servir de ejemplo á los traidores y de horror al pueblo. La Puerta confiscó además sus inmensas riquezas, desterró á su familia errante, á quien ni siquiera recogió la piedad de Napoleón.

¡ Justicia pronta y terrible del secreto de Estado, entregado por ambicion á los extrangeros !

Entónces fué cuando el general Sebastiani, disgustado de la política inconsistente que le trazaban de Paris y Tilsitt, y cuyos términos modificaban de dia en dia, escribia sus despachos telegráficos de los cuales extractamos lo siguiente :

« Francia ha abandonado su antigua política en Turquía, puesto que no menciona al imperio otomano en las conferencias ni en el tratado. Poco debe contarse con los griegos, sobrado adictos á Rusia «añadía el embajador;» adulan á Francia para ser príncipes ú hospodares y despues la venden; exceptuo á Soutzo y Callimaki.

« El sultan Selim, dice en otra parte á Napoleon, es bien tratado en su prision por su sobrino Mustafá, que le consulta á menudo sobre los negocios del Estado. Cansado Selim de las vicisitudes y calamidades del imperio, celebra su caída del trono felicitándose mas y mas cada dia por no tener responsabilidad alguna. Tengo correspondencia secreta con este príncipe, á quien el pueblo y los ministros de Mustafá vuelven á estimar mucho y compadecen; por mi parte no manifiesto el interés que Francia le dispensa, porque temo acelerar su muerte si llegan á sospechar la posibilidad de su restauracion. »

LIBRO TRIGÉSIMO SEXTO

I

Merced del intérprete del divan, el indiscreto Soutzo, el general Sebastiani habia vencido; mas el caimakan Taias-Bajá y el muftí se vengaban sordamente de su aparente predileccion á la influencia del embajador. Alejóse pues Sebastiani de una escena que no podia dominar ya y que la muerte reciente de su mujer le hacía odiosa. El serrallo quedó abandonado á sus propias intrigas, el caimakan á su inclinacion hácia Inglaterra. El caimakan Taias-Bajá, luchando en vano por una parte contra la insaciable